

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

VALENTINA Y LOS PLATOS VOLADORES



Fernando Olavarría Gabler

103



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

VALENTINA Y LOS PLATOS VOLADORES

Para mi querida nieta Valentina

Un regalo

De su abuelo.

Fernando Olavarría Gabler

VALENTINA Y LOS PLATOS VOLADORES

Un día sencillamente
me desperté duende
fantasma transparente
que todo lo entiende

Andrés Sabella

V

alentina estaba resfriada y la mamá la dejó en cama. Ese día no iba a ir al colegio. La niña estaba de mal genio. Sentía que el mundo se había atravesado para ella. Su único hermano abrió la puerta del dormitorio y la saludó amablemente. ¡Buenos días! ¿Cómo amaneciste? ¿Mejor? En esos instantes entró la mamá con una bandeja con el desayuno. Besó a Valentina y puso la bandeja sobre el cubrecama. La bandeja tenía cuatro patas y se acomodó perfectamente sobre las piernas de la niña. A Valentina le dieron deseos de lanzarle un pedazo de pan con mantequilla a la cabeza de Cristóbal. ¡No me molestes! Le gritó. El niño se dio cuenta de que no tenía más que hacer allí y desapareció de la escena silenciosamente.

Valentina estaba enojada con su hermano. La niña no sabía el por qué.

Cuando nació Cristóbal, su mamá había padecido de una mastitis, una inflamación muy dolorosa en una de sus mamas, y cuando Valentina, pequeñita, se acercaba corriendo a su madre para recibir cariño y regalonear con ella, la mamá, con gran dolor corporal y espiritual, tenía que rechazarla suavemente con la mano porque el dolor punzante e intenso en el pecho no podía soportar ningún contacto físico. Valentina, sorprendida, sin saber el por qué de esta dolorosa situación, la interpretó como una falta de cariño de mamá hacia ella y este equívoco sentimiento le provocó mucha rabia. Valentina cambió de carácter, se enojó con sus padres, con su

hermano, con todo el mundo. Era una niña arisca y triste que repartía bofetadas a la cara a cualquiera que se la aproximara. En una ocasión, el abuelo la tenía cariñosamente en brazos y Valentina le propinó un combo en plena cara. El abuelo se quedó pensativo y comprendió el gran drama que padecía su nieta. Desde entonces su cariño hacia ella fue en aumento.

Los abuelos decidieron que Valentina los visitara un día a la semana y almorzara con ellos. Después, de sobremesa, la niña jugaba una partida de ajedrez con el abuelo y, sorprendentemente, ¡Valentina siempre ganaba la partida! A pesar de sus escasos tres años de edad. El abuelo se quejaba de que no podía ganar y ella se reía feliz. Y poco a poco, el cariño de sus padres -que jamás estuvo ausente-, el de sus primos, tíos y el de sus abuelos la hicieron olvidar esa gran pena.

Pero ahora, los virus de la gripe la tenían con un terrible mal genio. De pronto quiso retirar la bandeja del desayuno que estaba sobre la cama y ésta se desequilibró. Un plato vacío cayó hacia la alfombra, pero, en vez de rebotar sobre ella quedó suspendido en el aire, luego empezó a vibrar y a emitir un suave silbido. Girando sobre su eje se elevó, se mantuvo inmóvil por algunos segundos, más tarde se desplazó alrededor de la lámpara y luego descendió lentamente hacia donde estaba la niña que permanecía estupefacta sentada en la cama. En esos instantes Valentina disminuyó

VALENTINA Y LOS PLATOS VOLADORES

súbitamente de tamaño. Vio al plato enorme, como si fuese una piscina y oyó una voz que la invitaba a subirse a él. Se puso de pie sobre la cama y saltó hacia el plato. Éste se balanceó un poco al recibir a la niña, que, sintiendo que perdía el equilibrio, se sentó en el centro del plato y encogió las piernas. Entonces el plato empezó a desplazarse en el dormitorio y al encontrar que la ventana estaba abierta (corría una leve brisa que hacía ondular los visillos) la atravesó y salió al jardín de la casa.

Era una hermosa mañana de primavera, y la niña, impresionada y complacida a la vez, no tenía miedo ni sentía frío, y estaba maravillada al observar cómo el plato se deslizaba suavemente sobre las flores del jardín. Era tan grande su felicidad que deseaba fervientemente que sus padres, su hermano y sus abuelos estuviesen junto a ella, sobre el plato, para compartir este gran goce, pero ellos no acudieron, y la niña, en su plato volador, se desplazó por sobre las murallas y los techos de las casas que se hicieron pequeños allá abajo hasta perderse de vista. El plato se dirigía a un gran bosque de pinos al cual no se le veía límites. Cuando volaba sobre las copas de los árboles, la niña divisó otro plato que se desplazaba al igual que ella y sobre éste iba un muchacho, de pie, como si estuviera patinando en un “skate”. Se aproximó al plato de Valentina y continuó volando al lado de ella. ¡Ponte de pie! -le dijo el muchacho- ¡Y sígueme! Así lo hizo la niña y

su plato se ubicó detrás del muchacho. Valentina observaba con gran sorpresa y admiración que su compañero era un adolescente y ella, súbitamente se dio cuenta de que ya no era una niña sino una joven de catorce años de edad. Su cuerpo había crecido y se sentía más ágil, con mayor seguridad en sus movimientos. Decidió entonces acelerar su plato y colocarse al lado de su compañero, y su plato ¡la obedeció en sus pensamientos como un dócil corcel!

Volaron juntos sobre el bosque de gran extensión y Valentina le preguntó al joven por su nombre.

-Me llamo Federico- respondió. ¿Y tú?

-Valentina.

-Más allá, por este mismo bosque -dijo Federico- hay una extraña carretera, que no está pavimentada con asfalto sino que está hecha de oro. ¿Tienes interés en conocerla?

-Me encantaría- respondió Valentina. Y ambos platos se dirigieron a gran velocidad hacia el horizonte que relucía con la luz de la mañana. En esos instantes el fulgor se había intensificado porque la luz se reflejaba en una avenida larguísima, que no era gris sino que brillaba como si estuviera hecha de oro puro. ¡Vamos allá! Gritó Federico y descendió violentamente. Valentina quiso seguirlo pero no controló bien su plato y éste, dando tumbos, chocó con el de Federico y luego rebotó en el pavimento dorado. Valentina, que viajaba de pie, perdió el equilibrio y Federico hábilmente la cogió de

VALENTINA Y LOS PLATOS VOLADORES

los brazos y la llevó al plato de él. En esos instantes el plato de Valentina se estrellaba en el pavimento de oro y se hacía mil pedazos. La niña tuvo la sensación que Federico le había salvado la vida.

Continuaron volando los dos viajeros en un solo plato y éste se deslizó vertiginosamente a lo largo de la carretera dorada. Valentina tuvo nuevamente miedo de caer y se sentó en el centro del plato, al lado de las piernas de su compañero que guiaba el plato con suaves y cadenciosas inclinaciones de su cuerpo.

A la niña le llegaban varios pensamientos a su cabeza que no alcanzaba a dilucidar. El que más la intrigaba era la aparición de este muchacho de cabellera rojiza que ondeaba al viento. ¿Quién era? ¿De dónde había venido? ¿Por qué apareció en un plato volador similar al de ella? Otros pensamientos que no encajaban en su raciocinio eran esa singular carretera de oro por donde viajaban y ese bosque inmenso al cual no se le veía fin.

Al lado de la carretera se divisaba un lago de aguas congeladas que más bien parecía una lente descomunal. En esos pensamientos estaba, cuando Federico, señalando con un brazo exclamó ¡Mira allá! ¡En el centro del lago! Valentina giró la cabeza y divisó, debajo de las transparentes e inmóviles aguas del lago, un ojo humano colosal que parecía escudriñar hacia los lados y dirigía su pupila hacia los viajeros. Cuando observaba esto, en la carretera había un



VALENTINA Y LOS PLATOS VOLADORES

brusco cambio de dirección en ángulo recto y nuestros viajeros no pudieron continuar en la ruta y se alejaron del lugar tomando gran altura. El bosque había desaparecido y ahora el paisaje se había transformado en un inmenso desierto. Siguieron volando hasta llegar a una extensa ciudad en cuyo centro se destacaba una imponente catedral. El Sol se escondía en el horizonte detrás de unas negras y espesas nubes y Federico le expresó a su amiga que deberían encontrar un refugio para pasar la noche porque se aproximaba una tormenta. El plato voló hacia la catedral y se introdujo en la torre central más alta por uno de los arcos del campanario. Llegó silenciosamente al interior y se posó suavemente en el piso. Valentina se encontró rodeada por inmensas campanas de bronce. Había empinadas escaleras de caracol, formidables vigas de roble y gruesas cuerdas. Los engranajes de un inmenso mecanismo de relojería se movían lentamente y emitían un lento y rítmico tic tac.

Afuera, a lo lejos retumbaron los truenos anunciando la lluvia. Federico se asomó hacia el arco por donde habían entrado y se sentó en el suelo. Siéntate al lado mío, le dijo a la niña, y observemos a la ciudad iluminada por los relámpagos.

Comenzó a llover torrencialmente y Valentina pudo gozar de una soberbia escena de la tempestad. Se veían los techos de las casas y las oscuras calles iluminadas en fugaces instantes por la luz de los

relámpagos. Todo era oscuro y tenebroso cuando no llegaba esa luz del cielo. De pronto las campanas empezaron a sonar y el ambiente se hizo ensordecedor. Los jóvenes no podían conversar y si gritaban tampoco se oían. El retumbar era tan intenso que hacía vibrar el piso de piedra y también los cuerpos de los jóvenes. Poco tiempo después las campanas dejaron de tañer y Federico le pudo hablar a la niña. Habrás constatado -le dijo- que la escena que estamos presenciando no tiene nada de alegre. Mira allá ese cortejo. Van a enterrar a un ser querido con esta lluvia y en plena oscuridad de la noche. Más allá, hacia ese otro lado, se dirige un grupo de obreros a trabajar a una fábrica. Les toca un turno nocturno y van a reemplazar a sus compañeros que llegarán cansados y empapados por la lluvia a sus hogares. La tormenta los tomó de sorpresa y no llevan ropa adecuada para protegerse del chaparrón.

Mira hacia ese otro lado. Allá van, en plena noche, un regimiento de jóvenes que parten hacia la guerra. Tienen miedo y al mismo tiempo marchan envalentonados por su juvenil espíritu de aventura. Muchos de ellos no regresarán y algunos volverán mutilados.

Si aguzas la vista, y tienes imaginación al divisar ese palacio que se ve a lo lejos. Te darás cuenta de que todos sus ventanales están extremadamente iluminados. En el interior se celebra una gran fiesta de gala porque es el cumpleaños del monarca del reino donde

VALENTINA Y LOS PLATOS VOLADORES

estamos. Toda la corte lo elogia y en su algarabía artificial y excesiva, nadie piensa en la pobreza ni en el sufrimiento de muchos desposeídos que habitan en esta ciudad.

Te he hecho presenciar todas estas escenas, Valentina, para que percibas cómo la vida tiene también lúgubres matices que el ser humano debe conocer y aceptarlos, pero no debe sentirse abrumado por ellos cuando no se les encuentra solución. Están presentes aquí en la Tierra pero no los alimentos dentro de tu ser. Debes incorporar otras cosas imponderables y hermosas con las cuales tienes que enriquecer tu alma.

En esos momentos Valentina tenía una sensación muy extraña. Se daba cuenta de que ya no era una niña sino una mujer, y en la profundidad de su conciencia percibió que las imágenes de su vida cotidiana habían sufrido un cambio. Se dio cuenta de que sus padres SIEMPRE la habían amado y la seguían amando. Que sus familiares también la querían, y mucho. Concibió que, en su vida terrenal, Dios le había dado un hermano. Un sólo hermano, y no tres o seis o diez como en otras familias. Y ese hermano único, debería amarlo como un privilegiado regalo del Señor. También sintió que en la vida debería tener pensamientos hermosos, llenos de amor, decir palabras hermosas y actuar con esos pensamientos de pureza. Captó que esa belleza la rodeaba y que no había sabido encontrarla porque su tristeza y resentimiento habían impedido verla.

La tempestad había terminado. Amanecía. Valentina se puso de pie y se dio cuenta de que su cuerpo y su alma habían crecido. ¡Sí! ¡Estaba del mismo porte que su compañero de viaje!

-¡Hermosa mañana- dijo Federico, estirando los brazos hacia los lados.

-Te convido a hacer un poco de ejercicio. ¿Sabes jugar a la pelota vasca? Es un deporte muy entretenido. Utilizas una raqueta parecida a una canasta.

-¿Una canasta? Preguntó extrañada Valentina.

-Sí. Es una canastilla o raqueta que tiene una forma especial, como una uña acanalada. Colocas la pelota en ella y la lanzas con todas tus fuerzas hacia un murallón de pared lisa que se denomina frontón. La pelota rebota en el muro y llega hacia el otro jugador que debe responder en igual forma para que llegue hacia ti.

-¡Vamos! –dijo Valentina, entusiasmada.

-Súbete al plato y volemós hacia un campo que está en las afueras de la ciudad.

Los dos jóvenes se subieron al plato y éste partió veloz alejándose de la ciudad.

-¿Cómo lo conduces? Preguntó Valentina.

-Con el pensamiento. Y con los pies.

Llegaron a un hermoso valle cubierto de césped. Éste estaba adornado con numerosas flores de vistosos colores que pertenecían

VALENTINA Y LOS PLATOS VOLADORES

a diminutas plantas que crecían en el prado. A lo lejos se divisaba un gran muro vertical de unos veinte metros de altura. Delante del muro el pasto se apreciaba muy bien cortado y liso. El plato aterrizó frente al muro y los jóvenes bajaron. Valentina vio dos artefactos de mimbre cuya forma coincidía con la descripción que le había hecho Federico. Éste cogió uno de ellos y se lo dio a Valentina. Luego cogió el otro para él.

-¿Con qué pelota vamos a jugar? Preguntó Valentina, muy contenta.

Federico cogió unas pelotas cubiertas de cuero de diferentes colores que había en el pasto y le pasó una a Valentina. Era una pelota dura, negra y brillante. La niña tuvo dudas de que esa pelota pudiera rebotar en el muro y volver hacia ellos.

-¡Empecemos! Dijo Federico. ¡Lánzala al muro!

Valentina la lanzó con todas sus fuerzas y la pelota, deslizándose por la raqueta acanalada llegó al muro y rebotó con gran energía, pero no llegó donde Federico sino a la cabeza de Valentina que recibió el golpe. La niña estaba sorprendida, molesta y con gran dolor.

-Cambiemos de pelota -dijo Federico- y eligiendo otra se la pasó a Valentina. Era una pelota blanda, como si estuviera hecha de arcilla o fango de pantano, porque olía mal. Valentina la cogió con cierta repulsión y la lanzó contra el muro pensando que se iba a

desintegrar con el golpe pero ésta volvió e impactó a la blanca blusa de Valentina y se desintegró en ella.

-¡Qué asco! Gritó Valentina ¡Me ha dejado toda sucia! ¡No juego más!, y tiró indignada la raqueta al suelo.

-No te desesperes -le dijo Federico-. Aquí tienes otra pelota que solucionará todo. Y le pasó una pelota transparente, de un tenue color rosado, hermosa, y de un aroma delicado.

-¡Lánzala al muro!

Así lo hizo Valentina y la pelota rebotó, llegó donde ella y se disolvió bañando a la niña con un perfume maravilloso. El efecto de la otra pelota había desaparecido y su vestimenta estaba limpia, brillante, sin mancha alguna, toda ella estaba purificada con ese aroma exquisito y al mismo tiempo sentía una gran felicidad. Recordó en esos instantes a sus padres, a su hermano, a sus abuelos y a todos sus seres queridos; estaban presentes alrededor de ella y aplaudían. ¡Excelente esa jugada Valentina! Exclamaba la mamá. Federico la felicitaba también.

-Esa es la jugada que yo deseaba que hicieras, le dijo el joven, porque te invité a jugar la pelota vasca de los sentimientos. Es un juego que todo ser humano está destinado a jugarlo en el transcurso de su vida.

-¿Cómo así? Preguntó muy alegre Valentina.

-Es el juego de la vida. Cualquier sentimiento que tengas, al

VALENTINA Y LOS PLATOS VOLADORES

transmitirlo, llegará de vuelta hacia ti. Si lanzas odio, recibirás odio, si lanzas amor recibirás amor. Si haces rebotar malos pensamientos éstos llegarán a ti y te mancharán, no tu vestido, sino tu alma.

-Bonita lección me has dado -replicó Valentina-. Acabo de darme cuenta de que en las dos primeras jugadas lancé al muro toda mi rabia, mi rencor y otros malos pensamientos. Ellos rebotaron y me hicieron daño.

-La última pelota que te pasé, contenía amor y felicidad, y se han impregnado en tu persona.

-Gracias por invitarme a este juego. Y ahora ¿qué haremos?

-Ahora iremos a presenciar un coro al cual pertenezco. Mis amigos se han reunido en un claro del bosque porque van a cantar un trozo de *El Mesías* de Händel ¿Conoces esa música?

-No. Aunque me parece haberla escuchado en una ocasión en la casa de mis abuelos.

-¡Vamos allá! Apresurémonos porque no quiero llegar rezagado.

Partieron volando sobre el plato. Se deslizaron por encima de los árboles y finalmente llegaron a las orillas de una laguna. Dejaron el plato en la playa y se encaminaron por un sendero que se internaba en el bosque. Llegaron a un extenso claro. Allí estaban congregadas numerosas personas de ambos sexos. Vestían vaporosas indumentarias. Parecían transparentes, porque Valentina podía

divisar los árboles que estaban detrás de sus cuerpos.

-Es el momento de despedirnos, le dijo Federico a su amiga. Me integro al grupo y ya no te veré más.

-¡No me abandones!, balbuceó Valentina. ¿Qué voy a hacer sola aquí, en este bosque? ¿Cómo llegaré a mi casa?

-No te aflijas- le dijo Federico. Cuando terminemos de cantar te encontrarás en tu hogar.

-¿Acaso eres también una de esas personas que las veo como si fueran transparentes?

-Sí. Pertenezco a ellos.

-Pero ¿Quién eres tú? -preguntó la niña con gran ansiedad. ¿Por qué llegaste en un plato? ¡Todo lo que ha pasado es muy extraño! Esa carretera dorada ¿era realmente de oro?

-Te diré la verdad- dijo Federico. Tu abuelo me creó en su imaginación y me dio instrucciones para que te acompañara unos instantes en tu joven trayecto por la vida. La carretera de oro no era tal, era el marco de sus anteojos y lo recorrimos a lo largo.

-¡Imposible! Exclamó Valentina. Tendríamos que haber sido pequeñitos, como el tamaño de una hormiga, para haberlo recorrido.

-De ese porte éramos en esos momentos- respondió Federico. En el mundo del abuelo, las dimensiones del tiempo y del espacio son diferentes. Por eso mismo podrás comprender que tu edad cambió en varias ocasiones durante esta aventura. De una niñita, de

VALENTINA Y LOS PLATOS VOLADORES

súbito te convertiste en una adolescente.

- También en una hormiga- murmuró Valentina.

- Y la ciudad, y la catedral con su colosal campanario

¿De qué tamaño eran? Y el bosque en el cual estamos...

- Todo ello es imaginación, y guarda proporción con tu persona.

- Dime Federico, antes que te alejes, ese juego de la pelota vasca ¿existió realmente? ¿O fue una broma?

- Ese juego existió y existirá siempre en tu vida. Lo que lances, recibirás. No te olvides de él mi querida niña.

Federico se alejó y se integró al grupo que comenzó a cantar una hermosa melodía de El Mesías, "*Y El nos purificará*".

A Valentina la embargó una placentera y gran emoción. Sus ojos se llenaron de lágrimas, de amor, de paz, de una felicidad suprema. Luego sintió que las voces se alejaban, disminuían en intensidad al mismo tiempo que se apoderaba en ella una somnolencia que se iba acentuando más y más... hasta que se quedó dormida.

Despertó lentamente. Estaba en su dormitorio. Valentina percibió que el tiempo había transcurrido sin que ella se hubiera dado cuenta de ello. En el dormitorio no estaba una niña de mal genio convaleciente de un resfrío. La bandeja del desayuno había desaparecido.

Se miró al espejo. Era una adolescente de catorce años de edad.

La mamá la estaba llamando y la convidaba para salir juntas a comprar algunas cosas.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo
- 52 Neogénesis

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura
- 102 Carda, Cronos, y Cirilo
- 103 Valentina y los Platos Voladores



 **creative
commons**



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.